

JUAN RAMON JIMENEZ

OLITICA POETICA

Yo no sé cómo decidir si el estado normal del mundo, del mundo del hombre, de nuestro mundo, es la guerra o la paz. En mi infancia y mi primera juventud, creo recordar ahora que yo creía más o menos vagamente que era la paz, y que todos los hechos de armas de que oía hablar a otros o de que leía en libros, revistas o diarios antiguos, modernos o de mi día, eran disparates, locuras, absurdos; y que las hazañas tenían que ser esfuerzos nobles en honor de la paz. Hace veinte años, en los locos momentos de la "guerra grande", que me sorprendió "en medio del camino de la vida", llegué, y sospecho que muchos llegaron, como yo, a creer que el estado normal del mundo y del hombre había de ser ya, por fatal desgracia y para siempre, la guerra: el empleo de la invención mala, del dinamismo bruto, del odio, el empleo de la muerte en favor ¡qué paradoja!, de tales libertades insignes. Pero si de niño yo creo que creía que era la paz, y en los tiempos de mi plenitud, que tendría que ser la guerra, hoy, hombre mayor, en universal guerra civil, en pugna total humana, en lucha completa de "clases", creo seguramente que es la paz y que es necesario que sea la paz: el empleo del éstasis dinámico, del hallazgo hermoso, el empleo del amor, el empleo de la vida en favor de la única libertad posible. Así, mis ilusiones de niño fueron el prelude inconciente, como en la poesía, de mis ideas de hombre mayor; el ansia de mi niñez, secreto y semilla de la voluntad de mi madurez; la primavera le brotó la razón al seguro otoño, el niño tenía fresca razón. Mi sueño infantil y mi conciencia madura, el hombre medio ya en la cárcel, me aseguran que la paz, y quiero advertir que no me estoy refiriendo sólo a la paz interior, metafísica, sensual, mística, sino a la paz ambiente, objetiva y propicia a todos los seres, está y debemos buscarla, por la belleza y la verdad de la vida, en la poesía.

Al pensar en la poesía como paz corriente humana, no estoy pensando en esa literatura, torpe y feamente llamada "poesía social", que tiene no sé qué oficiosa actividad docente, sino, como con la misma paz, en la poesía visible, diaria, libre, la poesía de nuestra vida entera, poesía directa, la verdadera poesía, sin otra aplicación que la de su propia esencia y existencia; que, por lo demás, esta poesía es también "la poesía" bajo un punto de vista estético o crítico; de modo que no hay, no habría oposición, por este lado, entre esta poesía jeneral espontánea y la poesía inteligente particular, entre la poesía de uno y esta poesía de todos, entre la poesía inmensamente popular y la elevada poesía sola. La poesía, que es, me parece a mí, el fin de la vida, de cualquier modo que la vida se considere, no puede convertirse, sería empequeñecerla y empequeñecemos, en un medio para esto ni para lo otro, sino que, en calidad de fin, debe acompañarnos constantemente, con apariencia quizás de medio, a nuestro propio fin, como el ángel en todas las mitologías. Claro está que la poesía no sería nunca, por ej., letras de música de tal odioso himno

colectivo, antipática invitación al juego o al trabajo. Para todo ello y lo otro, viviendo todos en estado natural de poesía y siendo todo poético de verdad, no haría falta otro estímulo que el mismo fin. El resorte sería más de atracción que de empuje. La "poesía social" ¡qué gloria! lo sería originalmente, como la fuente es agua.

El hombre nace directamente a su poesía, vive, sabiéndolo o no, en el reino, bueno, en la república de su poesía. Cada hombre puede ser un presidente de su poesía, y todos los hombres pueden ser, a un tiempo, presidentes de los otros y suyos. El hecho de nacer, de abrir nuestros sentidos en flor al mundo, es ya poesía, patrimonio unánime, comunismo lírico. Y lo primero que vemos, nuestro lugar en la vida y lo más cercano de lo que en ella nos está esperando, son poesía, y, entonces, sólo poesía. Desde su niñez, el hombre debe ser guiado por los hombres a ir comprendiendo esa acomodación, ese encaje gustoso en su lugar que es la gracia de la existencia, y no hay gracia mayor. Que seamos para el mundo, desde nuestra aurora, como el río para su cauce y sus orillas, sin olvidar demasiado el necesario mar, poesía también, otra poesía. Cuando el hombre tiene que hacerse una casa, su casa en medio de la naturaleza, que lo da y lo recibe a la vez, puede hacerla sin amor ni idea o con idea y amor, con poesía. El que la hace sin idea ni amor, que es, por desgracia de todos, lo usual, deja la casa y él se queda fuera de la naturaleza; casa y él son un postizo del mundo. El que la hace con amor e idea consigue que la naturaleza asimile esa casa y a él con ella, asimilación que necesita del hombre su tierra y el hombre de su tierra como razón de ser, vivo, y de seguir viviendo en ella, hasta la otra fusión honda, gustosa también si lo ha sido la alta. El hombre vivirá así contento en la casa que se ha hecho a su gusto en la tierra y que la naturaleza ha hecho, con él, suya. Casa, vida y obra, sean cuales fueren, no pueden ser en ningún sentido ni aspecto agregados, pegotes. Que no pueda decirse de ellos, de nosotros, lo que con frase exacta dice "todo el mundo" para designar un fracaso de hechura o acomodación: "Eso es un pegote." No debemos estar pegados a nada, sino fundidos, y no debemos pegar nada con nada, sino fundirlo todo.

Fundidos todos entre nosotros, y fundidos con todas las cosas, ¿cómo sería posible entrar en guerra con los otros ni con la naturaleza? La guerra no puede ser más que con nosotros mismos, que no nos podemos separar. Eso que suele llamarse guerra social, civil, de razas, de "clases", de hermanos, es la falta de idea y amor en la elaboración de nuestra casa, nuestra obra, nuestra unidad, la falta de gusto en la elaboración de nuestro vivir solo y conjunto. La naturaleza, la vida no asimilan nunca tampoco la soledad en contra ni la sociedad en contra. En contra, seremos todos aislados o unidos pegotes. El propósito de fusión es la norma suprema de la relación humana, fundirnos todos en todo lo que podamos, con amor o convencimiento si no es posible el amor, que todos

tenemos distintos lados buenos para la fundición de carne y alma. Y aquí está ya la unidad poética, el comunismo. El comunismo ideal, el "comunismo poético", que es el que yo pienso y sueño, sería aquel en que todos, iguales en principio, trabajásemos en nuestra vida, con nuestra vida y por nuestra vida por deber conciente, cada uno en su vocación, "en lo que le gustara", y, entiéndase bien, con el ritmo conveniente y necesario a ese gusto. La vida y el trabajo no pueden tener otro ritmo que el suyo, no pueden ser hostigados ni desviados de su órbita. En este "en lo que le gustara" a cada uno está el fuego alimentador de la calidad poética que debe acompañar siempre al trabajo, que le da al trabajo utilidad y encanto. Trabajar a gusto es armonía física y moral, es poesía libre, es paz ambiente. Fusión, armonía, unidad, poesía: resumen de la paz. La vida debe ser común y lo común altificado por el trabajo poético. El gusto por el trabajo propio trae el respeto, gustoso también, por el gustoso trabajo ajeno. Si la armonía íntima, familiar, vecinal existiera, no se llegaría nunca a la "antipatía", el peor veneno del hombre, bebida de la guerra. No estoy hablando por hablar: el origen de la guerra está siempre en las antipatías, las diferencias de una familia, unos vecinos que no pueden trabajar, vivir a gusto, que no pueden pensar a gusto en el trabajo, la poesía, la paz de sus familiares o vecinos.

El padre del pintor sevillano Javier de Winthuysen, cuando tenía que pintar la fachada de su casa, que en Andalucía es costumbre pintarlas para la primavera, mandaba al pintor a casa del vecino de enfrente a preguntarle de qué color quería que la pintara. Decía el viejecito encantador: "El es quien ha de verla y disfrutarla, es natural que yo la pinte a su gusto." Un hombre tan profundamente "simpático", de un sentimiento tan poético, tan pacífico, es difícil que declarase ni fuese nunca a guerra alguna, a ninguna revolución. En cambio, una señora a quien yo, pobre de mí, me quejaba en un "salón" de la imposibilidad de trabajar hondamente en Madrid, con tantos ruidos callejeros y domésticos: pianolas, escapes, altavoces, pitos, pregones, pianos caseros, señoritas aburridas, muchachos jaraneros, me dijo: "Pues si yo fuera vecina suya, me estaría aporreándole con mi piano las doce horas del día, y si pudiera no dormir, las doce de la noche." Fueron exactamente sus palabras. Pues esta señora era, o es quizás, esquisita y pianística, la esposa de un diplomático español de los de carrera. Un diplomático... y una diplomática, ¿como quien no dice nada! , los representantes del espíritu, la inteligencia, la poesía, la paz de su país en otro. Un diplomático y una diplomática, que debieran ser síntesis de lo mejor de un país, algo así como un país ideal hecho hombre y ¡ay! hecho mujer, mujer, señora de un diplomático. Aquella señora, con su piano aporreador y su esquisito aporreo, ¿qué sentimientos poéticos y apacibles no habrá ido dejando tras sí por el mundo!

"La vida sin amor no se comprende", dice una ronda de niños



que he oído mucho cantar. La vida social sin amor, sin comprensión mutua, no debía de comprenderse tampoco, porque es la guerra y la peor de todas las guerras, pequeña y constante. Pero, ¿son tan raras las personas que saben vivir, trabajar socialmente con amor y dejar trabajar; que piensan en ello o que escuchan siquiera, que quieran escuchar cuando se hable de todo esto! El trabajador intelectual y material, es decir, el hombre verdadero, es una víctima inocente de la libertad de "aporreo", que decía la delicada diplomática. Casi nadie piensa, cosa tan sencilla, que la libertad absoluta sería ponernos todos en condiciones de hacer lo que quisiéramos, sin molestar a otro en lo que él quisiera hacer. El que, por necesidad o capricho, tenga que hacer ruido, ¿no podría aislar su ruido, "concertar" amablemente, esto sí que es un concierto, con el vecino trabajador, silencioso y mártir, en qué sitio de la casa común, que todos pagan, le escitaría menos con su sonsonete? Un altavoz, ¿qué es sino un artefacto de la

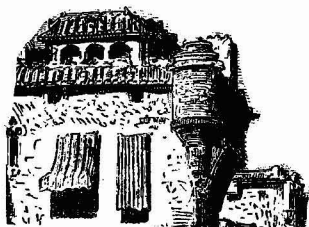


guerra física y moral, un mortero, una catapulta, un obús, una gran Berta casera contra la inteligencia y el sentimiento? Llega la noche, y, con ella, el silencio bastante de la calle, de la casa. Momentos relativos en que el hombre de trabajo y de espíritu puede recojerse, por fin y un poco más, en sí mismo a terminar plenamente su día, a saldar su alma para abrirla nueva al día siguiente; la hora de la higiene mental, del examen de conciencia: pensamiento y sentimiento; instantes mejores del recuerdo, instantes de la posible paz. Y en se mismo instante, un altavoz irrumpe, a toda potencia, en los sentidos de su alma y su cuerpo, y con toda su boca abierta le grita guerra, le dispara dinamita, le vomita metralla, le inhala gases, en forma de chascarrillo idiota, de emoliente cantungueo tanguiente, de falso "bel canto", de paleta anuncio inútil. Sí, y esa es la guerra, ese es el comienzo de la guerra. Porque el hombre de espíritu, si no fuese por su espíritu, apagaría los fuegos del altavoz y de sus "servidores" con una bomba máxima, aunque tuviese que ir luego a trabajar a la horca, esa deleitable reina del silencio.

Si todos, insisto en mi comunismo, trabajásemos con poesía, si todos tuvieran que pensar y sentir su trabajo, altavoces y otras armas permitidas de guerra vecinal nadie las utilizaría sino en forma conveniente, en metamorfosis "simpática". Siempre he sido feliz trabajando y viendo trabajar a gusto y con respeto, y por dondequiera que he ido he ayudado y exaltado este poético trabajar a gusto. Claro es que he tenido y han tenido los buenos trabajadores que pensaban como yo, que luchar contra la incompreensión o la barbarie más o menos concientes del explotador enemigo de este trabajo gustoso, que, al fin y al cabo, habría de ser honor y éxito de su industria; y en tal imprenta, tal carpintería, tal encuadernación, tal fábrica de papel, tal bodega, se poster-gaba por detrás de mí al obrero mejor que comprendía o quería comprender esta manera de trabajar que a él y a mí nos gustaba. Pero también he sido testigo de grandes bellezas del trabajo por el trabajo o por una relación, un enlace, una escapatoria entre el trabajo y otra circunstancia que lo acompañaba hermosamente:

EL JARDINERO SEVILLANO

En Sevilla, Triana, y en un bello huerto sobre el Guadalquivir, calle del Ruiseñor, además (y parece demasiado, pero estas coincidencias son el pueblo auténtico). Desde el patio se veía ponerse el sol contra la Catedral y la Giralda, términos rosafuego entre el verde oscuro. El hortelano jardinero, hombrote fino, vendía plantas y flores que cuidaba en su mirador con esmero exquisito. Quería a cada planta y cada flor como si fuesen mujeres o niños delicados, y aquello era una familia de hojas y flores. Y ¡le costaba tanto venderlas, dejarlas ir, deshacerse de ellas! Este conflicto espiritual, los tenía a diario, fué por una maceta de hortensias.



Vinieron a comprársela, y él, después de pensarlo y dudarlo y dudarlo mucho, quedó comprometido en el trato. La vendía, pero a condición, impuesta por él, de vijilarla. Y se llevaron la hortensia. Durante unos días, el jardinero estuvo yendo a verla a la casa de sus nuevos dueños. Le quitaba lo seco, la regaba, le ponía o le sacaba una poquita de tierra, le arreglaba las cañas. Y antes de irse, se estaba un rato dando instrucciones para su cuido: "Que debe regarse así y no así, que el sol no tiene que darle sino de este modo, que mucho cuidado, señora, con el relente; que lo de más acá, más allá.

Los dueños se iban cansando ya ("Bueno, bueno, no sea usted pesado. Hasta el mes que viene, etc.") de sus visitas, y ya el jardinero iba menos, es decir, iba lo mismo, pero no entraba. Pasaba por la calle y veía la hortensia por la cancela. O entraba rápidamente, pasando su vergüenza, con un pretesto: "Aquí traigo esta jeringuilla que me he encontrado, para que la rieguen ustedes mejor", o "que se me había olvidado este alambrito", o lo otro. Y con estas disculpas se acercaba a "su" hortensia.

En fin, un día llegó nuevo y decidido: "Si ustedes no quieren que yo venga a "cuidarla", me dicen ustedes lo que les doy por ella, porque yo me la llevo a mi casa ahora mismo." Y cojió entre sus brazos el macetón añil con la hortensia rosa, y como si hubiera sido una muchacha, se la llevó.

EL REGANTE GRANADINO

Al oscurecer, estaba yo sentado en la Escalerilla del agua, Generalife, Granada sola, cansado con la delicia de una tarde de sucesivo goce paradisíaco, sumido, sombra sin peso ni volumen, en la sombra grande que crecía, tintando moradamente, nutriéndolo todo de celeste transparencia, hasta dejar desnudas y en su punto las estrellas.

El agua me envolvía con rumores de color y frescor sumo, cerca y lejos, desde todos los cauces, todos los chorros y todos los manantiales. Bajaba sin fin el agua junto a mi oído, que recojía, puesto a ella, hasta el más fino susurro, con una calidad contagiada, de exquisito instrumento maravilloso de armonía; mejor, era, perdido en sí, no ya instrumento, música de agua, música hecha agua sucesiva, interminable. Y aquella música del agua la oía yo más cada vez y menos al mismo tiempo, menos, porque ya no era esterna sino íntima, mía; el agua era mi sangre, mi vida, y yo oía la música de mi vida y mi sangre en el agua que corría. Por el agua yo me comunicaba con el interior del mundo. Se oía más finamente cada vez el agua granadí, a medida que el aire oscurecía y a medida que el agua sonaba; y me afinaba más, más, sonando y resonando, el alma, hasta hacerme no oír, decir siendo lo que ella sin duda era o decía.

Me di cuenta, de reajo, que una sombra estrecha de hombre

estaba de pié apoyada en lo blanco mate, todo y sólo silencio, oído total absorto, hecho sombra aguda de hombre; otra sombra como yo, en la baranda de la escalera. Me pareció que se acercaba con esmero y vaguedad. En fin, habló en un tono que no impedía nada mi oír el agua. Y:

“Oyendo el agua, ¿eh?”

“Sí, señor”, le contesté poniéndome de pié en mi sueño. “Y a usted también parece que le gusta oírla.”

Entre los dos, yo en un descanso empedradillo de la escalera, él del otro lado del pretil, el agua seguía viniendo, mirándonos cada segundo un instante, huyendo luego, deteniéndose quizás un punto para mirar arriba, hablando para abajo, cantando, sonriendo, sonlloando, perdiéndose, saliendo otra vez, con hipnotizante presencia y ausencia, con no sé qué verdad y no sé qué mentira.

“No me ha de gustar, señor”, me dijo, “si hace 30 años que la estoy oyendo.”

“30 años”, le dije desde no sé qué fecha mía y sin saber bien los años que le decía mi boca.

“Figúrese usted las cosas que ella me habrá dicho.” Y luego: “Lo que le he oído.”

Y se deslizó noche abajo, y se perdió en la oscuro y en el agua.

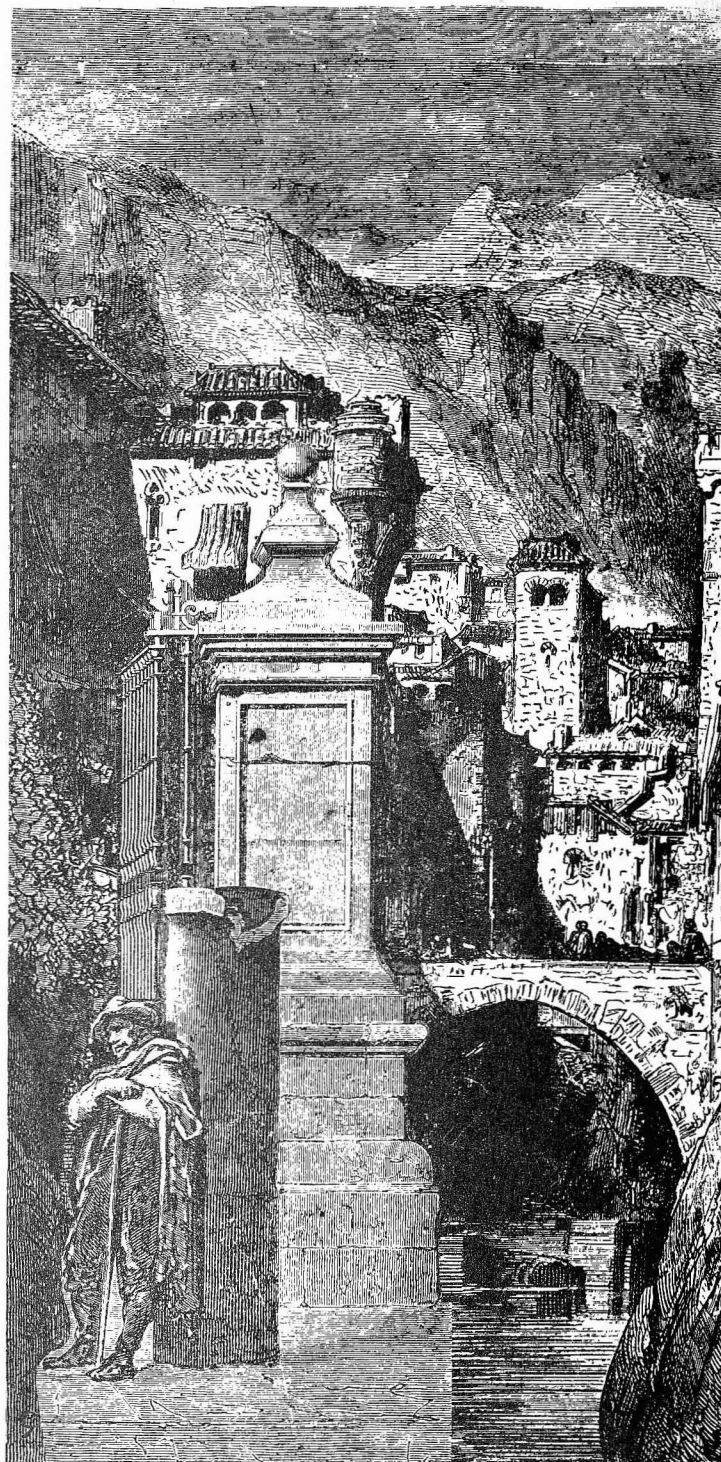
EL CARBONERILLO PALERMO

Era tosco y feote el chiquillo de Palos, con unos claros ojos de fija redondez. Guardaba el carbón en el monte, y lo traía al pueblo en una burra vieja, digo, entre una burra vieja y él. No se montaba nunca en la burra cargada con los sacos, la ayudaba con cuidado de niño.

La burra era para él la compañera de lo más largo de su vida, burra madre, burra hermana, burra amiga. En el campo solo, la burra era su espejo y su eco, lo era todo para él. Le llenaba el monte de vida tibia. Y con ella, no se sentía vacío de cuerpo ni de alma por los arenales perdidos.

Aquel invierno la burra cayó mala. El carbonerillo, concentrado su amor, hacía todo lo posible por comprenderla, por adivinar qué tenía, para sanarla. Horas largas, inmensas horas de angustia inesplicable en el monte. Viento en las copas de los pinos, pajarillos ajenos, horizontes más lejanos. Cuando ya la burra se echó y él no podía moverla, ideó cuidarla, entretenerla a su manera. La rodeó de paja, le traía yerba seca, le ofrecía su pan con aceite, su sardinilla, su naranja. Se pintaba la cara con almagra y cisco y le bailaba así unos raros simulacros, unas mojigangas extravagantes; le contaba, echado contra ella, unos largos cuentos, le cantaba sevillanas, peteneras, malagueñas con letra propia y alusiva.

Sintió frío y le encendió a la burra una buena candelada y se la mantuvo, hora tras hora, hasta que la burra se murió.

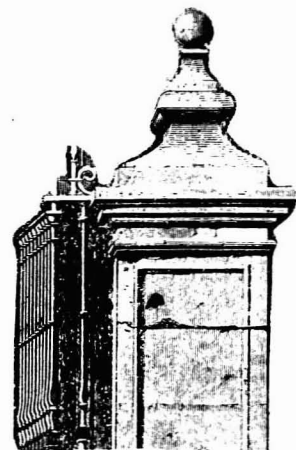


“Pero la burra se murió contenta”, decía, con su lagrimón sucio temblándole. Contenta la burra comprendida y amada del niño contento; el triste, el humilde trabajadorcillo.

EL MECANICO MALAGUEÑO

Salíamos de Málaga difícilmente. El coche se paraba a cada instante “jadeando”. Venían mecánicos de este taller, del otro. Todos le daban golpes aquí y allá sin pensarlo antes, tirones bruscos, palabras brutas, sudor vano. Y el coche seguía lo mismo. Con grandes dificultades pudimos llegar a un taller que nos dijeron que era muy bueno y estaba a la salida, cuesta de la carretera de Granada, no me acuerdo del nombre.

Salió despacio al sol matinal, del ancho fondo negro, un hombre alto, lleno, sonriendo dueño de sí. Vino seguro al coche,



levantó con exactitud la cubierta del motor, miró dentro con precisa inteligencia, acarició la máquina como si fuera un ser vivo, le dió un toquecito justo en el secreto encontrado y volvió a cerrar con ritmo y medida completos.

"El coche no tiene nada. Pueden ustedes ir con él hasta donde quieran."

"Pero, ¿no tenía nada? ¡Si lo han dejado por imposible tres mecánicos!"

"Nada. Es que lo han tratado mal. A los coches hay que tratarlos como a los animales (no dijo personas). Los coches quieren también su mimo."

Cuando dimos la vuelta y tomamos confiados y tranquilos la bella carretera alta, felices, por obra y gracia del buen mecánico, entre la fuerte naturaleza rica de junio, yo miré atrás. El mecánico malagueño estaba azul en la gran puerta negra, las manos a la cintura, acompañando todavía el coche con firme complacencia.

En esta comprensión, este amor por el coche, por la burra, por el agua, por la hortensia, del mecánico de Málaga, el carbonerillo de Palos, el regante de Granada, el jardinero de Sevilla, tenían ellos el empleo poético, la ganancia poética de su vida. Estoy seguro que todos comían y dormían alegres, que todos esperaban contentos el trabajo de su día siguiente. Subida su remuneración necesaria lo que merecían de veras, ¿qué no hubieran hecho estos trabajadores gustosos en la vida, en su vida y nuestra vida? Este es el secreto. Todos debemos ganar lo que merezcamos con la calidad de nuestro trabajo.

Se oye mucho que la poesía sensitiva, que es la poesía esencial, debilita, y que es propia del soñador; que no es un empleo poderoso de la vida. Pero los países más fuertes fueron siempre los más delicados en su expresión poética: China, Grecia, Roma, ayer. Hoy, Inglaterra, Japón, los Estados Unidos, por ej. son los países en que la delicadeza jeneral está más estendida. Y en cuanto al pueblo, esos países supieron y saben que la poesía delicada es el elemento natural de su vida. La mayor cultura de un país está en su mayor acercamiento a su pueblo; los sentimientos más firmes son los que llegan a estar más cerca de la naturaleza, de la naturaleza del pueblo. El que, como yo, ha vivido mucho en el campo, sabe que el hombre del campo, rudo en apariencia, suele estar lleno de finura para todo lo sutil que lo rodea: nubes, flores, pájaros, aires, luces, agua. Tales hombres ciudadanos, comerciantes, escritores, oficinistas, casineros son quienes creen que es menos varonil espresar estos sentimientos. Cuando se ponen frente a frente este hombre de la ciudad y aquel hombre del campo, el hombre del campo parece tímido, débil, infantil ante la jactancia vacía del hombre falso ciudadano. Es porque el hombre del campo pierde en la ciudad su contacto con lo leve que le da y le mantiene su fuerza. Enamorado de las estaciones: temples, sonidos, colores, olores, sabores, es así natural, así compone con las

estaciones de la naturaleza su naturaleza y su vida. En el campo se ve mejor que en ningún otro sitio la relación forzosa entre hombre y tierra, se ve que el hombre es tierra en pie; y el hombre del campo que no ama su campo y su labor no compone bien con su labor, ni con su campo su destino. Al volver por la tarde de su naturaleza, el hombre del campo se trae a su casa una señal de la naturaleza, una flor en el sombrero, una espiga en la boca, un sarmiento en la mano, y no por utilidad, sino por no desunirse del todo de su paisaje. Las expresiones poéticas más bellamente delicadas se las he oído a hombres toscos del campo, y con nadie he gozado más hablando que con ellos o sus mujeres y sus hijos. Nadie sabe hablar como los hombres fuertes, las mujeres fuertes, los niños fuertes del pueblo, que sienten, piensan, aman tan profundamente lo delicado natural. Isabel García Lorca, hermana menor del cárdeno poeta granadino, que también ha vivido mucho en el campo, me contaba en Granada que, volviendo ella una tarde por las verdes orillas, con un hombre del campo, cantaban ya los pájaros ese canto con que suelen despedir y detener el sol. La vega se quedaba sola con su sol más suave, y los pájaros cantaban en lo último de los chopos esa loca felicidad melodiosa que cantan cuando se van quedando solos y altos, más altos y más solos cada momento, en la luz poniente. Y el hombre del campo, respondiéndose a su misma pregunta silenciosa interior, se dijo: "Como que todo lo que quedaba de tarde es para ellos."

No, la poesía delicada no debilita. No se es débil por ser fino, sino por ser exterior, no por sentimiento profundo sino por postizo ingenio. Hombre y mujer son igualmente fuertes, y si por "afeminado", esa palabra tan pobre, tan despectiva para la mujer, se quiere decir débil, "afeminados" pueden ser el hombre y la mujer. Lo "afeminado", que debe querer decir lo lijero de la mujer y del hombre, es lo redicho, lo refitolero, lo superficial, y esto, por desgracia, es común a mujer y hombre también. Ni la mujer es más débil ni el hombre es más fuerte, tampoco, en su relación mutua; pero si se tratara de exaltar lo que cada uno sintiese como opuesto deseado, el hombre debía exaltar lo delicado y la mujer lo fuerte. Se es débil por constitución orgánica, por enfermedad, por pereza; no por sutileza, por espiritualidad, por sentimiento. Todos seremos débiles si nos falta el sentimiento poético. Y no es tampoco poesía fuerte, como opinan ciertos tambores y clarines, esa que grita la expresión altisonante y retórica: "¡Hurra, cosacos del desierto!, etcétera." Cualquier coplilla popular es más fuerte que eso. La poesía más fuerte será, en todo caso, la poesía del pensamiento más alto, cualidad mejor del hombre, la poesía de Dante, de Shakespeare, de Goethe, tan delicados; poesía que puede ser pensada lo mismo por el hombre que por la mujer. Escribir de propósito "poesía fuerte" es como coger una estaca. Cuando el hombre y la mujer cogen una estaca, ya no son hombre ni mujer, son estacas. No dudemos nunca de nuestro poder natural, nuestro sentimiento desnudo.





Todos hemos nacido del pueblo, de la naturaleza, y todos llevamos dentro esa gran poesía original, paradisíaca, que es nuestra unión, nuestro comunismo. Y deber de todos los que hemos dejado el paraíso por necesidad o por equivocación, es exaltarla en el pueblo para que el pueblo no crea que es débil por eso ni que es más fuerte por otras zarandajas. Levantando la poesía del pueblo se habrá diseminado la mejor semilla social política. Siempre he creído que a la política, administración espiritual y material de un pueblo, se debe ir por vocación estricta y tras una preparación general equivalente a la de la más difícil carrera o profesión. Y entre las "materias" que esa carrera política exigiría para su complemento, la principal debiera ser la poesía, o mejor, la poesía debiera envolver a todas las demás. El político, que ha de administrar un país, un pueblo, debe estar impregnado de esa poesía profunda que sería la paz de su patria. Los más naturales poetas de todos los tiempos, y particularmente los poetas de su propio país, serían alimento constante de su vida. Si el político sintiera y pensara en la mañana de cada día con Shelley, con San Juan de la Cruz, con Petrarca, con Fray Luis de León, con Keats, ¡qué día tan distinto para él y para su país sería el día! Y si antes de ir al parlamento preparara poéticamente su actividad, su pensamiento, su carácter, ¡qué giro tan distinto tomarían sus intervenciones, y cómo no oíríamos ni veríamos lo que vemos y oímos cada tarde, esas tardes tristes de los mercados parlamentarios! Porque la verdadera poesía lleva siempre en sí la justicia, y un político debe ser siempre un hombre justo, un poeta; y su política, justicia y poesía.

El estado, con la difusión conciente y propicia, ahora, del libro mejor, con la protección a lo que el libro mejor encierra, poesía en todas sus expresiones: literatura, arte, ciencia; poesía popular y culta, nacional y universal, española y extranjera, puede contribuir preciosamente a este encontrar la propia poesía que tantos necesitan, que todos necesitamos. ¡Qué labor tan hermosa para un ministro de instrucción pública, un ministro de la poesía! Pero el que gobierna no puede gobernar solo si no le ayuda el mismo gobernado; no hay que dejarse gobernar pasivamente, sino ayudar alerta a ser gobernado. Todos debemos ayudar al político en esa inmensa obra de poner la poesía al alcance de todas las manos, compañeras necesarias del trabajo. Yo he hecho muchas veces la prueba, he hablado poéticamente a unos y a otros, y en dos o tres días he cogido siempre el fruto. Se les removía a todos el tesoro, insospechado para mí y acaso para ellos, de su propia belleza: pensamiento y expresión; eran otros en oír y hablar al contacto con la poesía. Y no he encontrado uno solo que se sustrajera, a su modo cada uno, claro está, de esta segura influencia. ¡Qué labor, señoras poéticas y señores poéticos, la que podríamos todos cumplir cultivando a gusto la sensibilidad de los que están más cerca de nosotros, fomentando la tranquilidad de todos, imposibili-

tando guerras y revoluciones inútiles, que no son más que la imposición, por la fuerza loca, del pegote, aquél pegote que antes se me caía de todas partes!

Izquierdos, derechos y medios, grupos y más grupos, nombres y más nombres, jeroglíficos, etiquetas y estandartes que ya nadie sabe lo que significan y que en realidad no significan quizás nada, ¡qué superfluo todo! Un joven poeta amigo mío, a quien yo hablaba de esto, me dijo: "¿No se podría formar el partido de la poesía?" El partido de la vida gustosa, añado, del trabajo agradable y completo. Y este partido no sería parte, porque en él cabríamos todos, sería el verdadero estado único. En este "estado poético" todos estaríamos en nuestro lugar, estremistas o transijentes de cada idea: que la poesía tendría la virtud de llevarnos a todos a nuestro propio centro, que es el solo centro, centro con izquierda y derecha. Donde la inteligencia fracasa empieza el sentimiento. No sería necesario que nadie lejislara ni rijera, verdadero comunismo. Pensemos bien en esto, una labor tan sencilla; que no estoy soñando.

Nada podrían ni tendrían que hacer, tampoco, contra esta totalidad tales explotadores del pueblo, derecha e izquierda, que en vez de elevarlo a lo mejor desde lo mejor que el pueblo tiene, quieren bajarlo a lo peor de lo peor que tienen ellos, tales que quieren formar un pueblo a imagen y semejanza de su bajo instinto. Nadie está más lejos del pueblo y del trabajo que estos rebajadores del trabajo y el pueblo, pozos de ambición, bestialidad y holganza, enemigos de la verdad y la poesía.

Las juventudes políticas que hoy se están preparando, ya lo sabemos, para administrarnos mañana o para administrar a los que han de venir después de nosotros, deben estar preparándose en la poesía, lo digo otra vez, la poesía del trabajo. Ordenados dignamente materia, tiempo y retribución del trabajo, llevada a nuestro lado la poesía, sustancia que sume la obra en la belleza principal, senda que saca nuestro sentido a su oasis, ¿quién no querría trabajar, "ganar su vida" trabajando? Color para el pintor y el tintorero, nitidez para el poeta y el papalista, olor de madera para el científico y el carpintero, iris de agua para el contemplativo y el regador, ¡qué bellas compañías, desde lo más elevado a lo más humilde! La ventaja del trabajo, en mi comunismo poético, del trabajo repartido y retribuido noble y justamente, con arreglo a la vocación, y en una equilibrada exigencia, está en que se trabajaría por el trabajo, y aquí sí que se puede decir, sin pérdida ninguna, arte por el arte, poesía por la poesía, esfuerzo como premio, según la ley de los espartanos cuando pedían para honra máxima de su poder gustoso la rama ligera y fugaz del perejil. Trabajo gustoso, respeto al trabajo gustoso, grado sumo de la vida. Y al lado del trabajo, y en el ocio y el sueño, es decir, nuestra vida completa, trabajará, descansará y soñará con nosotros, como una realidad visible, la Poesía.

